

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo, Nº 20 6 de marzo de 2016

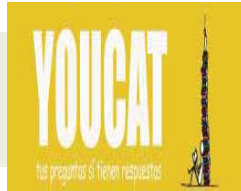
¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (20) LA VIDA ETERNA

¿Qué pasa con nosotros cuando morimos?

En la muerte se separan el cuerpo y el alma. El cuerpo se descompone, mientras que el alma sale al encuentro de Dios y espera a reunirse en el último día con su cuerpo resucitado.

El cómo de la resurrección de nuestro cuerpo es un misterio.

Una imagen nos puede ayudar a asumirlo: cuando vemos un bulbo de tulipán no podemos saber qué hermosa flor se desarrollará a partir de él. Igualmente no sabemos nada de la apariencia futura de nuestro nuevo cuerpo. Sin embargo, san Pablo está seguro: «Se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso» (1 Cor 15, 43ª).



¿Cómo nos ayuda Cristo en la muerte, si confiamos en él?

Cristo nos sale al encuentro y nos conduce a la vida eterna. «No me recogerá la muerte, sino Dios» (santa Teresa del Niño Jesús).

Contemplando la pasión y la muerte de Jesús incluso la muerte puede ser más llevadera. En un acto de confianza y de amor al Padre podemos decir «sí», como hizo Jesús en el Huerto de los Olivos. El que muere se une con el sacrificio de Cristo en la cruz. Quien muere así, confiando en Dios y en paz con los hombres, es decir, sin pecado grave, está en el camino de la comunión con Cristo resucitado. Cuando morimos, caemos hasta las manos de Dios. Quien muere no viaja a la nada, sino que regresa al hogar del amor del Dios que le ha creado.

¿Qué es la vida eterna?

La vida eterna comienza con el Bautismo. Va más allá de la muerte y no tendrá fin.

Cuando estamos enamorados no queremos que este estado acabe nunca. «Dios es amor», dice la primera carta a los Corintios, «no pasa nunca» (1 Cor 13,8). Dios es eterno, porque es amor y el amor es eterno porque es divino. Cuando estamos en el amor entramos en la presencia infinita de Dios.

¿Seremos llevados a juicio después de la muerte?

El llamado juicio particular tiene lugar en el momento de la muerte de cada individuo. El juicio universal, tendrá lugar al final de los tiempos, en la venida del Señor.

Al morir, cada hombre llega al momento de la verdad. Ya nada puede ser escondido, nada puede ser cambiado. Dios nos ve como somos. Llegamos ante su juicio, que todo lo hace «justo», porque, si hemos de estar en la cercanía santa de Dios, sólo podemos ser «justos». Quizá debamos pasar aún por un proceso de purificación, quizá podamos gozar inmediatamente de Dios. Pero quizá estemos tan llenos de maldad y odio, de tanto «no» a todo, que apartemos para siempre nuestro rostro del amor, de Dios. Y una vida sin amor no es otra cosa que el infierno.

¿En qué consiste el cielo? El cielo es el momento sin fin del amor. Nada nos separa ya de Dios, que ama nuestra alma y nos ha buscado durante toda una vida. Junto con los ángeles y santos podemos alegrarnos por siempre en y con Dios.

Quien contempla a una pareja que se ama; quien observa a un bebé que busca los ojos de su madre, percibe una lejana intuición del cielo. Poder mirar a Dios cara a cara es como un único y eterno momento de amor, es la felicidad.

¿Qué es el purgatorio?

El purgatorio, es más bien un estado. Quien muere en gracia de Dios (por tanto, en paz con Dios y los hombres), pero necesita aún purificación antes de poder ver a Dios cara a cara, ése está en el purgatorio.

Cuando Pedro traicionó a Jesús, el Señor miró a Pedro: «Y Pedro salió fuera y lloró amargamente». Éste es un sentimiento como el del purgatorio. Y un purgatorio así nos espera probablemente a la mayoría de nosotros a partir de nuestra muerte: el Señor nos mira lleno de amor, y nosotros experimentamos una vergüenza ardiente y un arrepentimiento doloroso por nuestro comportamiento malvado o quizás «sólo» carente de amor. Sólo después de este dolor purificador seremos capaces de contemplar su mirada amorosa en la alegría celestial perfecta.

¿Podemos ayudar a los difuntos que se encuentran en el estado del purgatorio?

Sí, puesto que todos los bautizados forman una comunión y están unidos entre sí, los vivos pueden ayudar a las almas de los difuntos que están en el purgatorio.

Una vez que el hombre ha muerto, ya no puede hacer nada para sí mismo. El tiempo de la prueba activa se ha terminado. Pero nosotros podemos hacer algo por los difuntos que están en el purgatorio. Nuestro amor alcanza el más allá. Por medio de nuestras oraciones, buenas obras y ayunos, y especialmente por la celebración de la Sagrada Eucaristía, podemos pedir gracia para los difuntos.

¿Qué es el infierno?

El infierno es el estado de la separación eterna de Dios, la ausencia absoluta de amor.

Quien muere conscientemente y por propia voluntad en pecado grave, sin arrepentirse y rechazando para siempre el amor misericordioso y lleno de perdón, se excluye a sí mismo de la comunión con Dios y con los bienaventurados. Si hay alguien que en el momento de la muerte pueda de hecho mirar al amor absoluto a la cara y seguir diciendo no, no lo sabemos. Pero nuestra libertad hace posible esta decisión. Jesús nos alerta constantemente del riesgo de separarnos definitivamente de él, cuando nos cerramos a la necesidad de sus hermanos y hermanas: «Apartaos de mí, malditos [...] lo que no hicisteis con uno de éstos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo» (Mt 25, 41.45). Pero si Dios es amor, ¿cómo puede existir el infierno? No es Dios quien condena a los hombres. Es el mismo hombre quien rechaza el amor misericordioso de Dios y renuncia voluntariamente a la vida(eterna). Excluyéndose de la comunión con Dios. Dios desea la comunión incluso con el último de los pecadores; quiere que todos se conviertan y se salven. Pero Dios ha hecho al hombre libre y respeta sus decisiones. Ni siquiera Dios puede obligar a amar. Como amante es «impotente» ante alguien que elige el infierno en lugar del cielo.

Textos tomados del YOUCAT, números 156 al 162